

# LA ESTRATEGIA ESPAÑOLA EN EL ATLANTICO SUR. LA CRISIS DE LAS MALVINAS (1764-1774)

Paulino GARCÍA DIEGO  
Doctor en Historia Moderna por la UNED

**L**AS inhóspitas islas Malvinas o Falkland, situadas en el Atlántico sur a unos 800 kilómetros de la costa de la Patagonia, saltaron a primer plano de la actualidad en 1982 a raíz de la ocupación argentina, a la que casi de inmediato seguiría el comienzo de una guerra que finalizó con la recuperación británica del archipiélago.

Irredentismos aparte, las Malvinas tienen una situación geográfica privilegiada para el dominio de las rutas marítimas del Atlántico sur, tanto las dirigidas desde Europa y otros puntos a las costas americanas del océano Pacífico como las que tenían su origen en alguno de los puertos del Río de la Plata. Precisamente esta situación geográfica fue la causa del enfrentamiento entre Gran Bretaña y España en 1770-1771, que a punto estuvo de provocar un conflicto bélico que habría tenido consecuencias muy negativas para los intereses españoles, habida cuenta la defección francesa —que se había comprometido a apoyar a España en el conflicto— en el último momento. Los antecedentes de esta crisis se remontan a 1764, apenas finalizada la Guerra de los Siete Años, y la misma no puede darse por cerrada hasta 1774, por lo que durante casi una década estuvo en el centro de las preocupaciones de los responsables de la política exterior, del gobierno de las Indias y de la Marina durante el reinado de Carlos III.

Si bien los acontecimientos son de sobra conocidos y han sido estudiados en profundidad en el pasado —en esta labor sobresalen las obras de HIDALGO NIETO y GIL MUNILLA, que han servido de base para la preparación de este artículo—, transcurridas tres décadas desde el conflicto anglo-argentino, con este artículo pretendemos revisar tales acontecimientos desde la perspectiva del enfrentamiento entre las estrategias marítimas y coloniales de las tres principales potencias navales de la época, Gran Bretaña, España y Francia. La crisis de las Malvinas pudo haber sido además la de repercusiones más negativas para la corona española de entre todas las que la afectaron durante las secretarías de Grimaldi (Estado) y Arriaga (Marina e Indias). Por añadidura, dicha crisis sobrevino en un período de recuperación para España tras la derrota sufrida en 1763, lapso que se prolongaría por espacio de casi quince años, hasta que la concurrencia de la insurrección de las Trece Colonias con la

política de aislamiento seguida por los sucesivos gabinetes británicos propició que, en 1783, España pudiese recuperar todos los territorios perdidos a manos inglesas (Florida, Menorca, Mosquitia...), a excepción de Gibraltar.

### **Proyectos franceses y británicos sobre las Malvinas**

Las islas Malvinas habían sido descubiertas por el holandés Sebald de Weert en 1600, y a finales del siglo xvii y principios del xviii fueron visitadas sucesivamente por holandeses, ingleses y franceses (1). En el caso de Gran Bretaña, puede decirse que el origen más inmediato de su interés por las islas se remontaba a la frustrada incursión de Anson contra los enclaves españoles en la costa del Pacífico durante la Guerra del Asiento, que enfrentó a los dos países a partir de 1739. En esta expedición, los buques del almirante inglés hubieron de atravesar el estrecho de Magallanes, y en el curso de su travesía se pusieron de manifiesto tanto la debilidad española en Perú y Chile como las notables ventajas que se derivarían de abrir al comercio inglés los puertos del Pacífico. Anson había justificado a su regreso el limitado éxito de su misión por la falta de un fondeadero donde hacer escala y aprovisionarse antes de doblar el cabo de Hornos, de modo que propuso encarecidamente la creación de un establecimiento propio en las Malvinas. Por supuesto que para este fin podía emplearse el fondeadero portugués de Santa Catalina, pero esta opción se descartaría finalmente en favor de las islas por la proximidad del puerto luso a Buenos Aires —lo que facilitaba un ataque español— y su distancia respecto del cabo de Hornos. La insistencia de Anson ante el Almirantazgo entre 1744 y 1748 para que se materializase esta ocupación no llegaría a dar fruto. Ello se debió en buena parte a las protestas del embajador español en Londres, Ricardo Wall, pero sobre todo obedeció a la enérgica postura en contra del secretario de Estado, Carvajal, en un momento en que la corte de Londres estaba especialmente interesada en la adhesión española a la paz de Aquisgrán.

Pero estas circunstancias propicias no se aprovecharon para asegurar la soberanía española sobre las islas estableciendo una guarnición permanente o un asentamiento, y esta situación persistió hasta la paz de París, firmada en 1763. A partir de ese momento, las Malvinas pasarían a cobrar especial importancia para España por dos motivos. El primero era que, tras la desaparición de Francia del escenario colonial americano, España e Inglaterra, antes o después, estaban llamadas a enfrentarse en el Nuevo Continente, por lo que la conservación de los dominios de América, en particular de las provincias del Río de la Plata, había pasado a ser una prioridad de la política exterior española; el segundo motivo era la reciente apertura de la ruta del cabo de Hornos hacia los puertos del Pacífico, que venía a reemplazar a la tradicionalmente seguida por galeones y flotas hasta el golfo de México.

---

(1) Aunque fue el inglés Strong, en 1690, quien primero desembarcó en el archipiélago, la colonización efectiva no tendría lugar hasta 1764.

Sin embargo, el primer paso en la colonización de las islas fue dado por el francés Luis Antonio de Bougainville, quien tras la derrota en la Guerra de los Siete Años logró convencer a Choiseul para ocupar las Malvinas. Bougainville, sin duda estimulado por la narración de Anson, concibió la idea de fundar un establecimiento en las islas, adelantándose así a los británicos y colocando a Francia en situación de aprovechar la ventaja estratégica que aportaban las islas en la ruta del Pacífico. La expedición de Bougainville partió de Francia el 15 de septiembre de 1763 y llegó a las Malvinas el 31 de enero de 1764. En España, el secretario de Estado, Grimaldi, tuvo conocimiento de tal iniciativa en diciembre de 1763, al enterarse de la entrada en Montevideo de dos fragatas francesas.



Retrato de Louis Antoine de Bougainville, por Jean Pierre Franque.

El impacto de esta entrada en Carlos III y sus ministros fue tal que al instante se dispusieron varias acciones conducentes a la ocupación de una serie de puntos estratégicos hasta entonces desatendidos. En este sentido, se aprobarían sin objeciones las propuestas del virrey del Perú, Manuel Amat, para organizar la defensa de la isla de Juan Fernández, situada frente a las costas de Chile. Al respecto, Grimaldi propuso un conjunto de medidas que, si bien se iban a adoptar como dirigidas contra Gran Bretaña, a la vez enviaban un aviso a Francia. Según su opinión debían crearse dos establecimientos que permitiesen cerrar fácilmente el estrecho de Magallanes, uno en la bahía de San Julián y otro en las Malvinas. De este modo al virrey del Perú le bastaría con fortificar dos o tres puntos esenciales para asegurar la defensa de sus costas.

No tardó el conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla y enfrentado con Grimaldi, en presentar un informe sobre el particular en el que, además de la importancia estratégica de las islas —imprescindibles para el dominio del Pacífico y escala potencial en una futura ruta comercial a Filipinas—, señalaba su interés económico —derivado de la pesca—, así como el riesgo de que cualquier potencia extranjera que se estableciera en ellas las emplease como depósito de contrabando con destino a Chile y Perú. Aranda proponía también adelantarse a los franceses creando establecimientos españoles en las Malvinas, en la bahía de San Julián, en la Punta de los Leones y en la bahía de San Matías.

Carlos III atendió las propuestas del conde, de modo que Grimaldi remitió en septiembre de 1764 una carta al embajador Fuentes para comunicarle que los franceses se habían establecido en las Malvinas y darle instrucciones de que trasladase a Choiseul una petición formal de retirada de su establecimiento, basándose en que constituía un precedente susceptible de ser alegado por Gran Bretaña para justificar acciones similares contra los dominios españoles. Asimismo, Fuentes debía transmitir el disgusto de Grimaldi por el secretismo que había envuelto a la expedición de Bougainville (2).

Choiseul estaba al tanto de que Bougainville acababa de comenzar su segunda travesía a las Malvinas, pero aun así aseguró tanto a Fuentes como al secretario de la embajada, Magallón, que se abandonaría el establecimiento en la isla de Soledad, denominado fort Saint Louis. El motivo para actuar de este modo era que seguía manteniendo la idea de que las islas se poblasen con colonos franceses, a condición de reconocer la soberanía española. En consecuencia se organizaron otros dos envíos de emigrantes en octubre y noviembre de 1764.

Bougainville, a su regreso de las Malvinas en agosto de 1765, y habida cuenta las reclamaciones españolas, no tuvo más remedio que entablar conversaciones con el embajador Fuentes, al tiempo que intentaba abrir otra vía de negociación por medio del representante de Francia en Madrid, Ossun (3). El marino francés, de acuerdo con Choiseul, trató de presentar sus expediciones como una importante contribución a la seguridad del estrecho de Magallanes contra los enemigos de Francia y España. Dada la inferioridad naval de ambas potencias respecto a Gran Bretaña, Bougainville insistía en sus *Reflexions* en la necesidad de crear un establecimiento permanente en las Malvinas, para lo que era requisito colonizarlas. Y, en vista de la imposibilidad española para llevar a cabo esta colonización, proponía que esa tarea corriese a cargo de Francia.

## Las primeras reacciones españolas

Sin embargo, ni Carlos III ni Grimaldi estaban dispuestos a aceptar la propuesta de Bougainville. Esta posición se vería reafirmada por una comunicación al respecto enviada al secretario de Marina e Indias, Arriaga, por el virrey del Perú, visiblemente preocupado por la presencia en aquellas islas de

---

(2) Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 2858. Carta de Grimaldi a Fuentes, 3 de septiembre de 1764. A este respecto conviene mencionar que, en su primer viaje, Bougainville, cuando fue preguntado por su destino, dejó entrever que era la India.

(3) Archivo General de Indias (AGI), Buenos Aires 552. *Reflexions sur l'Etablissement des (...) Malouines*, formado por el embajador francés a instancias de Bougainville el 20 de septiembre de 1765 en la que este admitía que «el objeto de su Magestad Católica restableciendo las islas Malvinas es doble. Primeramente se trata de formar una barrera respetable para impedir a los extranjeros la entrada del Pacífico y cortar todo contrabando con las Indias Occidentales».

cualquier potencia extranjera, máxime con la importancia que el cabo de Hornos había adquirido para el tráfico marítimo tras el cambio de ruta de la Carrera de Indias.

El propio Arriaga elaboró un informe como contestación a las *Reflexions* de Bougainville en el que, si bien admitía la necesidad de crear un establecimiento en el archipiélago y el hecho de que Francia —a diferencia de España— estaba en condiciones de poblarlo, señalaba por otra parte que la preocupación principal debía ser buscar el modo de emplear las islas como barrera que impidiese el acceso al Pacífico de potencias enemigas y como refugio para los barcos españoles. En consecuencia, el secretario de Marina e Indias proponía organizar una colonia militar, sin que ello conllevara la fundación añadida de un establecimiento comercial.



El almirante George Anson. Retrato de época.

Sometido el informe de Arriaga a la junta interministerial, Grimaldi y el resto de los secretarios se mostraron de acuerdo con su contenido. Así pues, decidieron que las fuerzas militares necesarias se mandasen desde las provincias del Plata y que la nueva posesión pasase a depender de la capitánía general de Buenos Aires. Después de una serie de consultas entre Arriaga y Blas de la Barreda, el 29 de julio de 1766 se nombraba gobernador de las islas a Felipe Ruiz Fuentes, quien tomaría posesión de su cargo el 2 de abril de 1767.

Por su parte, los británicos habían comenzado sus preparativos en 1763, tan pronto como se firmó la paz de París, y tales preparativos no tardarían en ser conocidos en España. En concreto se pretendía hacer realidad el proyecto de lord Anson de abrir vías de exploración hacia el Pacífico (4). Y así, se dieron instrucciones a Byron, compañero de Anson, para dirigirse a las islas a fin de practicar un reconocimiento detallado y determinar el lugar más apropiado para organizar un establecimiento.

El lugar escogido fue la isla Soledad. El 23 de enero de 1765 Byron tomó posesión de las Falkland y un mes después, tras haberse cruzado en varias ocasiones con el navío de Bougainville, envió un aviso a Londres, que llegaría el 21 de junio del mismo año. Curiosamente, Byron ignoraba en aquel momento la existencia del asentamiento de *Bougainville* en las islas, y esta ignorancia era recíproca.

(4) Así aparecía en la *Gaceta de Madrid* de 5 de junio de 1764.

El Almirantazgo daba notable importancia al establecimiento de las Malvinas con vistas a la posterior penetración en el Pacífico. Se consideraba a las islas un punto clave de apoyo para facilitar ulteriores expediciones que podrían permitir a Gran Bretaña dominar los puertos comerciales de Chile y Perú e, incluso, los de Panamá y Acapulco. Se valoraba además el hecho de que la travesía desde el archipiélago hasta la costa chilena al sur de la isla de Chiloé, que no había sido colonizada por los españoles, duraba un mes escaso.

Con los argumentos anteriores no resultó difícil organizar otra expedición al mando del capitán MacBride, formada por tres buques y un grupo de colonos, que llegó a las islas en enero de 1766 con una serie de instrucciones motivadas por las noticias recibidas acerca de la existencia de un establecimiento francés. Al regreso de la expedición, MacBride redactó un informe al lord almirante, conde de Egmont, en el que no se mostraba precisamente optimista respecto a las posibilidades de explotación económica de las Malvinas. Sin embargo, su manifestación de que no se había localizado asentamiento alguno de otra nación ni huellas de que se hubiese intentado establecerlo no hizo sino confirmar en Londres la oportunidad de poner el pie en el archipiélago.

Aunque, como se ha indicado, en España se conocían las maniobras británicas desde 1764, no se asociaron a una posible ocupación de las islas Malvinas hasta dos años más tarde, ya entrado 1766. El indicio que suscitó las primeras sospechas del embajador español en Londres, Masserano, fue el regreso de Byron en mayo de 1766. Esta noticia y el informe elaborado en su momento por Arriaga movieron a Grimaldi a preparar sin dilación una protesta oficial, que Masserano presentó a Conway, sucesor de Halifax en la Secretaría de Estado para Europa meridional. En indagaciones posteriores, Masserano pudo constatar que tanto Conway como Egmont tenían intención de colonizar de inmediato las Malvinas. Y es que las islas, en épocas de paz, serían una buena base para el comercio con los portugueses de Brasil y con los españoles del Río de la Plata y de Paraguay, mientras que, en tiempos de guerra, las flotas británicas que se dirigiesen al Pacífico podrían ser debidamente aprovisionadas desde el establecimiento en las islas.

En estos meses, entre las autoridades españolas imperó cierta confusión, tanto por el desconocimiento en el Río de la Plata de las actividades inglesas en el Atlántico sur frente a las costas de la Patagonia, de las que sin embargo se estaba al tanto en la metrópoli, como por no saber con precisión la localización del establecimiento británico. Las noticias recibidas de la embajada española en Londres convencieron al gabinete de la necesidad de obrar sin dilación, lo que explica la preparación urgente de la escuadra de Ruiz Puente, a quien Bougainville debía entregar las Malvinas, para estar en condiciones de obstaculizar cualquier proyecto británico de establecerse en las islas.

A pesar de que la decisión de retirarse de las Malvinas no fue bien acogida por Choiseul, este no dudó en manifestar que, en caso de que los españoles se decidiesen a expulsar por la fuerza a los británicos de las islas, la actitud de Francia sería de apoyo incondicional. Por su parte, Carlos III pidió un dictamen a sus ministros sobre las medidas a adoptar en relación con la ocupación inglesa.

Arriaga, con su prudencia habitual, y convencido de que la única manera de preservar el imperio español era que España se mantuviese al margen de toda guerra, consideraba que, si bien era necesario buscar una solución rápida al problema de que los ingleses convirtiesen las islas en un depósito de contrabando y una base de gran importancia en caso de guerra, había que sopesar si podía asumirse el riesgo de que este empeño desencadenase un enfrentamiento armado. Arriaga pensaba que no, alegando que los británicos podían adueñarse de las islas en cualquier momento, aun cuando estuviesen en manos españolas. Así pues, en su informe proponía alcanzar una especie de solución de compromiso. Para justificarlo exponía por un lado los inconvenientes del establecimiento británico, pero por otro hacía notar la dificultad de expulsar a los ingleses y la escasa utilidad de afrontar el riesgo de una guerra.



El marqués de Grimaldi. Retrato de época.

Como alternativa a la expulsión proponía reiterar las gestiones ante el gabinete inglés y, entretanto, acometer una sustancial mejora de las defensas de los dominios americanos. En contraposición con la actitud conciliadora del secretario de Estado, el dictamen de Aranda, en consonancia con el carácter impetuoso del conde, pecaba de irrealismo y de un optimismo sin anclaje en la realidad sobre las posibilidades españolas de victoria en un enfrentamiento naval.

Apenas recibidos estos dictámenes, Carlos III ordenó a Grimaldi que presentase una reclamación ante la corte de Londres. Enterado Choiseul, trató a toda costa de que sus términos fueran lo más moderados posible, para no precipitar una ruptura entre ambos países que, de una u otra manera, acabaría arrastrando a Francia. Todos los consejeros, incluyendo Grimaldi, se mostraron de acuerdo con esta proposición, pero sería finalmente Arriaga quien se haría eco ante el rey de la petición de Choiseul, con la que estaba plenamente identificado (5).

En el fondo, Grimaldi era consciente, al igual que Choiseul, de que ni España ni Francia estaban preparadas en aquel momento para la guerra. A ello se añadía cierta decepción ante las últimas manifestaciones del ministro fran-

---

(5) AGI, Indiferente General. Arriaga a S.M., s.d., probablemente de la primera quincena de septiembre de 1766. Cit. por GIL MUNILLA, Octavio: *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1771*. Sevilla, 1948, p. 306.

cés, que hacían dudar de que el apoyo de la nación vecina estuviese garantizado una vez que estallase la guerra, dudas que se vieron corroboradas por la afirmación del encargado de negocios de Francia en Londres, Durand, el cual indicó a Masserano que su país no se dejaría arrastrar a la guerra por el asunto de Malvinas. Por todo ello, el monarca español dio instrucciones a su gabinete para que empezara a seguirse con Gran Bretaña una línea de actuación propia, al margen de la posición francesa.

Una vez tomada la decisión, en julio de 1766, de establecer una colonia española en las Malvinas, comenzó también a estudiarse la posibilidad de buscar en la costa sur de la Patagonia asentamientos que pudiesen contribuir desde tierra firme al control del estrecho de Magallanes (6). En cuanto al primer asunto, la relación de subordinación del gobernador de las Malvinas, el capitán de fragata Felipe Ruiz Puente, respecto al gobernador y capitán general de Buenos Aires, Francisco de Bucareli, quedó reflejada en la real cédula de su nombramiento. La expedición a su mando zarpaba el 17 de octubre de 1766 y entraba en Port Louis en los últimos días de marzo de 1767, por las mismas fechas en que Grimaldi comunicaba a Arriaga la decisión del rey de Francia de ordenar a los colonos de Saint-Malo abandonar el establecimiento de Bougainville, y la del rey de España de acceder a adquirir los materiales empleados para su construcción.

Con la creación de un establecimiento español en las Malvinas se materializaba el abandono de la tradicional tesis de que los derechos sobre determinados territorios se basaban en las bulas papales, en lugar de la cual se adoptaba la política de ocupación efectiva seguida por otras naciones. De este modo, se pensaba —como Arriaga recordaba a Grimaldi—, sería más sencillo conseguir la retirada británica (7). Esto justifica la premura en el envío de la expedición, para que llegara a su destino cuanto antes.

De acuerdo con la visión estratégica que se daba a la ocupación de las Malvinas —defender las rutas marítimas hacia el Pacífico—, Ruiz Puente recibió entre otras la orden de que desde allí llevase a cabo un reconocimiento del estrecho. Pero su cometido principal debía ser localizar el emplazamiento de los ingleses, puesto que mientras esto no se verificase era imposible proseguir con las gestiones diplomáticas. Para ello se dieron instrucciones precisas al gobernador de Buenos Aires, a quien se insistía en la conveniencia de actuar en estrecha coordinación con el de las Malvinas. De igual modo se indicaba que debía procederse con los ingleses con el mayor tacto posible, a fin de evitar a toda costa que un eventual trato descortés sirviera de pretexto para desencadenar un conflicto.

El curso de los acontecimientos a partir de septiembre de 1766 llevó a Grimaldi a disponer el estudio de un plan de acción que respondiera a los inte-

---

(6) Por entonces no había establecimientos españoles en la Patagonia al sur de Buenos Aires, que contaba con unos 22.000 habitantes hacia 1770. DESTEFANI, Laurio: *Las Malvinas en la época hispana (1600-1811)*. Buenos Aires, 1981, p. 117.

(7) AGI, Buenos Aires 412, 15. Carta de Arriaga a Grimaldi, 28 de diciembre de 1766.

reses nacionales y desconfiara de la ayuda francesa para el caso de que la crisis de Malvinas finalmente condujese a una guerra con Gran Bretaña. Con objeto de evitar una penetración inglesa hacia la bahía de San Julián y la región del estrecho, contingencia que los informes de Masserano dejaban entrever, se dieron instrucciones a Bucareli para que, además de continuar apoyando a los misioneros destacados en dicha bahía, se intensificase el comercio con los indígenas que habitaban las zonas más australes del continente americano (8).

Por las mismas fechas en que se conocía en España la orden dada al gobernador de Port Egmont, en el sentido de enfrentarse, llegado el caso, a franceses y españoles y de emplear la fuerza aun cuando las tropas con que se tropezara duplicasen las suyas, alertaba Masserano de que el objetivo a corto plazo de los ingleses era comerciar sistemáticamente con los indígenas de Tierra del Fuego y la Patagonia, para después extender sus actividades hasta Paraguay. Como precedentes citaba los ejemplos de Honduras y Jamaica. En este último caso, los británicos habían alegado primero la no pertenencia de la isla a España, y después, que los indígenas no reconocían el dominio español, excusa empleada también con los habitantes de la Mosquitia. El embajador de España veía que los acontecimientos de las Malvinas empezaban a seguir un curso similar, que finalizaría verosímilmente con la creación de puestos fortificados en las islas y en el continente, cuyo establecimiento se justificaría en la necesidad de contener a los belicosos indígenas y así evitar que causasen daños a españoles o a nacionales de otros Estados.

Después de un año de estéril política apaciguamiento, hasta el moderado Masserano hizo ver la necesidad de elevar el tono de las reclamaciones españolas (9). Sin embargo, Madrid no se resolvió a presentar una nueva protesta ante Londres, y en su lugar decidió reforzar el control de los accesos al estrecho de Magallanes. Para ello se consideraba clave mantener los puestos de Buenos Aires y las Malvinas, hasta entonces no identificadas como las Falkland a que se referían los británicos. A este respecto, a principios de 1768 todavía seguía existiendo una notable confusión en la Administración española sobre la situación del establecimiento o establecimientos ingleses. Según información de Bucareli, las Falkland no eran sino las Malvinas, con lo que el enclave británico se encontraría en estas islas. Sin embargo, se sospechaba de la existencia de más puestos en otras islas o en la tierra firme del Pacífico meridional, la costa norte del estrecho de Magallanes o, incluso, en Tierra del Fuego (10).

### La escalada de la crisis

Finalmente, Arriaga preparó una real orden destinada a Bucareli, fechada el 25 de febrero de 1768, por la que se le ordenaba expresamente expulsar a

---

(8) AGI, Indiferente General 412, 31. RO de Arriaga a Bucareli, 29 de septiembre de 1767.

(9) *Ibidem*, 412, 33. Carta de Masserano a Grimaldi, 12 de octubre de 1767.

(10) *Ibidem*, 412. Real Orden de Arriaga a Bucareli, 25 de febrero de 1768.

los ingleses. Poco después se enviaba a Buenos Aires a Ignacio de Madariaga, como jefe de la escuadra del Río de la Plata, al frente de los navíos que debían desalojar a los británicos de las Malvinas. La real orden debió de recibirse en Buenos Aires a finales de septiembre de 1768, y en diciembre Bucareli informaba a Arriaga de que estaba en condiciones de cumplirla. A tal efecto daba cuenta del envío a Tierra del Fuego del teniente de fragata Manuel Pando, cuyas órdenes eran establecer un puesto y reconocer, de paso, la costa de la Patagonia y la del estrecho de Magallanes, de donde debía expulsar a los ingleses si los encontraba.

Entretanto, en las Malvinas, Ruiz Puente había realizado a principios de 1768 un primer reconocimiento, en el que había descubierto indicios de presencia humana en las islas (11). Una segunda expedición, en noviembre del año siguiente, se encontró con una fragata inglesa en el estrecho de San Carlos, entre las islas de Gran Malvina y Soledad. Como consecuencia de este hecho se envió a la goleta *San Felipe*, al mando del teniente Mario Plata, con objeto de indagar sobre su presencia y comunicarle, en el caso probable de que careciese de licencia para operar en aquellas aguas, que debía abandonar las Malvinas. Posteriormente la goleta seguiría reconociéndolas, procediendo del mismo modo con cuantas naves o establecimientos encontrase.

En diciembre de 1768, desde Buenos Aires, se había intentado emprender otro reconocimiento, que finalmente no llegó a buen término porque el navío enviado hubo de regresar a causa de los temporales (12). En consecuencia, se organizó una nueva expedición con tres barcos, al mando del capitán de fragata Rubalcava, cuyas órdenes eran expulsar a los ingleses en cuanto se les hallase, limitándose, en caso de que sus fuerzas fuesen superiores, a solicitarles el abandono de sus establecimientos. El 17 de febrero de 1770 Rubalcava fondeó en Port Egmont, pero ante la inferioridad de sus fuerzas se limitó a recopilar información y a presentar las protestas de rigor.

El fracaso de las requisitorias a los ingleses que Plata y Rubalcava comunicaron a Buenos Aires a principios de marzo de 1770 llevó a Bucareli a ordenar a Madariaga, jefe de la escuadra del Río de la Plata, que se preparase para expulsar, con las armas si preciso fuera, a los británicos (13). Así las cosas, el 11 de mayo zarpaba de Montevideo la escuadra, compuesta por cuatro fragatas, un chambequín y un bergantín, que transportaban un total aproximado de 1.400 hombres y 140 cañones, fuerzas en conjunto superiores a las británicas. El 10 de junio de 1770, tras cuatro días intentando la capitulación voluntaria, Madariaga abrió simbólicamente fuego contra Port Egmont, de modo que el comandante del puesto, capitán Farmer, pudiese

---

(11) AGI, Buenos Aires 552. Carta de Ruiz Puente a Arriaga, 22 de marzo de 1768.

(12) AGI, Indiferente General 412, 82. Carta de Bucareli a Arriaga, 1 de mayo de 1769.

(13) AGI, Buenos Aires 552. Carta de Bucareli a Madariaga, 26 de marzo de 1770. En ella le ordena que «teniendo presente el constante ánimo del Rey bien explicado en la Real Orden de 25 de febrero de 1768 (...), se disponga V.S. a pasar personalmente a la operación de desalojar indefectiblemente de ahí a los Yngleses con las Armas, si no fuesen suficientes las amonestaciones que V.S. deberá también hacerles a su arribo».

afirmar que había sido expulsado violentamente, procediendo a firmarse la capitulación (14).

La expulsión de los ingleses de las Malvinas se producía en un momento de deterioro de las relaciones entre España y Gran Bretaña, deterioro que el incidente, sin duda, contribuiría a empeorar notablemente. En junio de 1770 habían sido apresados unos marineros ingleses acusados de contrabando, y el 24 del mismo mes se había prohibido la introducción de muselinas británicas en el reino de España.

En aquel momento, el monarca español y los miembros de su gabinete estaban seriamente preocupados por las consecuencias del incidente. Grimaldi veía entonces como única salida proporcionar una satisfacción a Gran Bretaña. Para ello instruyó al embajador Masserano en el sentido de que, «si fuese necesario, deje V.E. entender que el asunto puede remitirse a negociación» y presentase la expedición como una medida adoptada unilateralmente por Bucareli, al que, como es obvio, no podía desautorizar. Grimaldi justificaba la iniciativa del gobernador de Buenos Aires presentándola como una respuesta lógica de las amenazas del comandante inglés de las Malvinas, que le había dado un plazo de seis meses para desalojar las islas (15).

Nada más conocer la expulsión de los ingleses del archipiélago, Grimaldi, presagiando una guerra inminente, escribía a Fuentes para que solicitase formalmente a Francia los apoyos prometidos. Pensaba el secretario de Estado que, si esta enviaba los 16 batallones y otros tantos navíos en su momento asegurados a Choiseul, podía pensarse incluso en atacar Jamaica (16).

El ministro francés, partidario ahora de un desenlace pacífico de la crisis, respondió solo unos días más tarde con un tono indeciso, dejando en manos de España optar por la decisión conveniente respecto a los preparativos militares, lo que hubiese sido impensable unos meses atrás. Aunque se mantenían las promesas de apoyo, Choiseul indicaba que la contestación española no debía



Etienne-Francois de Choiseul, por Louis Michel Van Loo, Versailles.

(14) AGI, Indiferente General 412, 118. Carta de Ruiz Punte a Arriaga, 29 de junio de 1770.

(15) AHN, Estado, leg. 4274. Carta de Grimaldi a Masserano, 20 de agosto de 1770.

(16) Aff. Etr, Espagne, 560. Carta de Grimaldi a Fuentes, 10 de septiembre de 1770. GIL MUNILLA, Octavio: *op. cit.*, p. 362.

demorarse, para evitar la posible oposición del Parlamento, que se pronunciaría sobre el asunto en noviembre.

Días después, Aranda remitía el dictamen solicitado por Grimaldi acerca de la conducta a seguir en relación con los libelos aparecidos en Londres. Lo que inicialmente no debía pasar de estudiar prohibir la entrada del bacalao inglés en España y Nápoles, según proponían Masserano y Caracciolo, se convertiría en un auténtico proyecto de campaña. Aranda hacía suya la propuesta de ambos, pero únicamente como primer paso de la supresión total del comercio con Inglaterra como respuesta a las numerosas agresiones que por parte de esa nación se habían perpetrado. De igual modo, Aranda, entendiendo inevitable la guerra aun en el caso de que se obviase el asunto de las Malvinas, se inclinaba por aprovechar la a su juicio favorable situación en que se encontraba España, al contar con el apoyo de Francia y Nápoles, ya que se consideraba a Portugal como indiferente o neutral, y a Austria, con la que se mantenían buenas relaciones, más pendiente de la guerra ruso-turca que de otros asuntos. En este sentido, el conde proponía, de forma poco razonable, bloquear con las armadas de las tres potencias borbónicas el comercio de los ingleses en sus propios dominios y en el Mediterráneo, al tiempo que se ponían en estado de defensa los principales enclaves de América, en particular los del golfo de México y Buenos Aires, pues el Perú quedaba protegido por el cabo de Hornos. También aconsejaba enviar a las Indias un importante contingente de refuerzo (17).

Aún pendientes de conocerse en Madrid esas reacciones, el 17 de septiembre de 1770 se reunieron los secretarios en una junta presidida por Carlos III para adoptar medidas preventivas. En ella Grimaldi, desdiciéndose de sus iniciales parabienes a Aranda, volvió a su línea de apaciguamiento y aconsejó el abandono de Port Egmont si los británicos lo exigían, sin que ello implicase reconocer la soberanía de Gran Bretaña sobre el enclave, señalando, en relación con la guarnición inglesa, que «el Rey los ha obligado a evacuar aquel terreno por ser suyo y no por necesitarlo». El motivo aducido era que, en caso de conflicto, sería necesario enviar a las Malvinas una flota equivalente a la que los británicos movilizasen, lo que excedía de las posibilidades de España (18).

Las tesis de Grimaldi fueron unánimemente aceptadas, y dos días después se ordenaba a Ruiz Puente que evacuase Port Egmont y trasladase el material aprovechable y el personal a Puerto Soledad, sede de la colonia española, procurando retirar cualquier indicio de la presencia británica y dejando a cambio la cruz puesta por Madariaga, que daba fe de la propiedad española. De los efectos ingleses debía levantar un inventario para mostrar que se confiaba en su restitución. Como se juzgaba probable una represalia, también se ordenaba al gobernador de las Malvinas que repudiese cualquier ataque contra Puerto Soledad, aunque en relación con los movimientos ingleses debía

---

(17) AHN, Estado, leg. 2858. Dictamen de Aranda, 13 de septiembre de 1770, y carta a Grimaldi anexa con la misma fecha.

(18) AGI, Buenos Aires 552. Informe de Grimaldi, 17 de septiembre de 1770.

ceñirse a vigilar si retornaban a Port Egmont o se establecían en otro lugar, en cuyo caso había de limitarse a trasladar una queja y comunicarlo de inmediato a España.

En las reuniones de los días siguientes que Masserano mantuvo con lord Rochford, secretario de Estado para Europa del Norte, y con Weymouth, secretario de Estado británico para Europa meridional, ambos instaron de forma terminante al inmediato abandono de Port Egmont y al castigo de Bucareli, en la creencia de que había actuado por su cuenta. A la vista de ello, Grimaldi comenzó a considerar el modo de satisfacer a los ingleses sin comprometer la honorabilidad del rey (19). Consecuentemente, el 28 de septiembre de 1770 informó al embajador inglés, Harris, de que Carlos III había decidido acceder a las peticiones británicas en todo aquello que no fuera contrario a su dignidad. Grimaldi indicaba a Harris que no era posible satisfacer íntegramente las peticiones inglesas, es decir, desautorizar a Bucareli, restituir Port Egmont y discutir después el derecho sobre las islas. A cambio proponía que España tolerase el regreso al establecimiento inglés, de modo que Londres pudiese presentarlo ante la oposición como un éxito, para a continuación abandonarlo aduciendo lo gravoso de su sostenimiento. Ambas naciones expresarían su pesar por las actuaciones de sus representantes respectivos, Bucareli y Hunt, y Gran Bretaña procedería a desmovilizar la escuadra que preparaba para su envío a las islas. Acerca de Bucareli, Grimaldi, con una buena dosis de cinismo, decía que el rey de España declaraba «haber sentido que Dn. Francisco Bucareli no considerase las consecuencias que podían resultar del efecto del cumplimiento de la obligación de su juramento».

En realidad, el gabinete español consideraba improbable que los británicos aceptaran estas propuestas. Fue en ese preciso momento cuando se conoció la opinión de Choiseul, favorable a que se admitiesen las exigencias inglesas aun en el caso de que España estuviese dispuesta a seguir adelante con el plan de campaña, pues así se ganaría tiempo para prepararse adecuadamente. La posición de Francia suscitó indignación y sembró la incertidumbre por el desenlace de una guerra que ahora quizá tuviese que librarse en solitario. En consecuencia, Grimaldi no dudó en dirigirse a Choiseul para expresarle su irritación por la pasividad francesa.

Como aspecto positivo de la crisis puede señalarse que los acontecimientos de las Malvinas consiguieron que la corte de Madrid redoblase su interés sobre los asuntos americanos. Y así, se reforzaron las medidas para impedir el comercio extranjero y se encargó a las autoridades coloniales elaborar estudios sobre la forma de mejorar las defensas americanas (20). En el caso de Buenos Aires, y ante la vaguedad de los informes anteriores de Bucareli, se pidió un dictamen a Pedro Cevallos, que se mostró más optimista en cuanto a las posibilidades de defensa frente a un ataque de ingleses y portugueses.

---

(19) AHN, Estado, leg. 6103. Carta de Grimaldi a Tanucci, 25 de septiembre de 1770.

(20) Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 6062. Carta de Carlos III a Tanucci, 6 de marzo de 1770.

A partir de finales de septiembre de 1770 se intensificaron los preparativos y comenzó a ponerse en práctica el proyecto de refuerzo de las Indias, con decisiones como el envío de cinco regimientos completos y de cuatro batallones sueltos para reforzar principalmente Buenos Aires, Puerto Rico y Caracas, al tratarse de los probables objetivos iniciales de los ingleses, y de Cartagena de Indias, por estar desguarnecida. Asimismo se alertó a Bucareli para que extremase la vigilancia en el Río de la Plata. Grimaldi hizo ver a un alarmado Harris que estos preparativos eran la lógica respuesta a los de los ingleses y que en modo alguno significaban que España optase por la guerra, puesto que todos sus esfuerzos se dirigían a conservar la paz (21). Ante el rechazo de plano a mediados de octubre de la propuesta de Grimaldi, este modificó su propuesta en el sentido de que las dos naciones abandonasen las islas.

Ni Masserano ni el mismo Grimaldi eran optimistas, y de hecho el primero consideraba que el único dilema era si los ingleses romperían de inmediato las hostilidades o aguardarían a que sus navíos mercantes estuviesen de vuelta. Mientras tanto, el secretario de Estado, al pensar que al menos nunca antes se había procedido a reforzar en tal medida las Indias. En este contexto de nada servían componendas como la instrucción dada a Bucareli, recién llegado a Cádiz, de que omitiese cualquier mención de la real orden de 25 de febrero de 1768, y de que alegase que en su actuación se había limitado a la mera aplicación de las Leyes de Indias.

En aquellos momentos, la corte de Madrid miraba más que nunca hacia Francia, donde el mismo Choiseul había interpretado el discurso de Jorge III como una virtual declaración de guerra, pero por otra parte el ministro francés manifestaba el temor a que sus enemigos lograsen convencer a Luis XV de que rompiese el Pacto de Familia o, cuando menos, de que abandonase a España a sus propias fuerzas. Frente a esto, en Madrid no se daba crédito a que por las veleidades de la favorita de turno, madame du Barry, una nación del prestigio de Francia incumpliese sus promesas y alianzas, máxime cuando en su momento Luis XV había dado el visto bueno a la orden mandada a Bucareli y era de general aceptación la idea de que la potencia de las dos naciones aliadas era superior a la británica.

En diciembre de 1770 llegó a Madrid la carta de Masserano, en la que anunciaba el fracaso de la negociación y aconsejaba prepararse para una ruptura de las hostilidades. Así las cosas, se dieron instrucciones al nuevo gobernador de Buenos Aires, Juan José de Vértiz, que había relevado el 25 de agosto de 1770 a Bucareli, para que no solo pusiese la provincia en estado de defensa, sino que impidiera la salida de buque alguno, aunque se tratase de particulares. De igual modo se le ordenaba que estuviese al tanto de los movimientos portugueses desde Río de Janeiro.

La mencionada carta de Carlos III se cruzó con la que le dirigía Luis XV dándole cuenta de la destitución de Choiseul —a la que el rey había accedido siguiendo los designios de D'Aiguillon, Maupeou y la Du Barry— y de que,

---

(21) AGI, Buenos Aires 293. Reales órdenes de Arriaga a Vértiz, 16 y 19 de octubre de 1770.

según su parecer, el cambio de ministros no afectaría a las relaciones con España. El monarca francés también le transmitía su preocupación por las dificultades con los Parlamentos y por que la guerra supondría en aquel momento un desastre no solo para la nación francesa sino para la misma estabilidad de la Corona. Cuando, el 31 de diciembre de 1770, se recibió en Madrid esta carta, el efecto fue descorazonador. La noticia de la caída de Choiseul se consideraba aún más grave que las peticiones francesas de claudicar ante los británicos. De este modo, las opciones para España eran ahora afrontar una guerra con Inglaterra a la vez que se denunciaba el Pacto de Familia, o aceptar las condiciones de Londres. Se optaría por esto último.

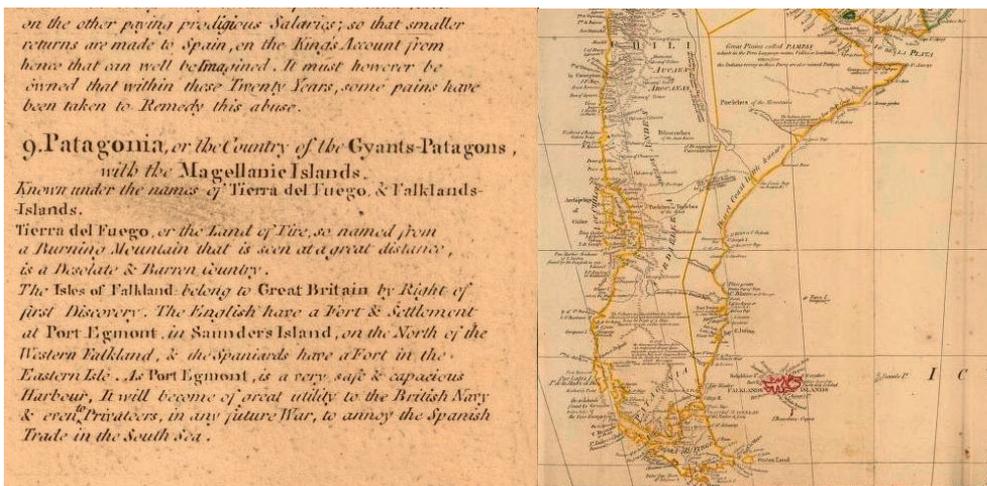
### El desenlace

Tanto Rochford, ante la inminente apertura del Parlamento, como Masserano tenían urgencia en cerrar el acuerdo, de modo que este último accedió a omitir cualquier mención de Hunt, mientras que el ministro británico hacía lo propio con Bucareli y Madariaga, por más que siguiera desaprobando su expedición. El 22 de enero de 1771 se firmaban los documentos diplomáticos en los que el monarca español manifestaba su desagrado por la expulsión de Port Egmont y se comprometía a restituir el establecimiento. Por su parte, el rey británico manifestaba que valoraba la declaración de Masserano, y su estricto cumplimiento por parte del rey de España, «como una satisfacción por la injuria hecha a la Corona de Gran Bretaña». Este acuerdo era sin lugar a dudas el más ventajoso que podía obtenerse, dado que cualquier otro resultado hubiese implicado la claudicación española. De esta forma se ponía fin al conflicto oficialmente.



Lord North, por Nathaniel Dance Holland.

La aceptación británica solo es comprensible teniendo en cuenta las tendencias pacifistas del nuevo gabinete. En cuanto a la posición española, se debatía entre el desagrado por la defección francesa y la satisfacción por haber evitado una guerra cuyos efectos habrían sido catastróficos. El parecer de Grimaldi era que, si los británicos evacuaban voluntariamente las islas, se mantendría la paz y España se habría librado de establecimientos enemigos en una zona tan sensible. Si no



Mapa inglés mostrando las Malvinas, repartidas entre España y Gran Bretaña, (h. 1787).

lo hacían, se habría ganado al menos un año que podía aprovecharse para reforzar la Marina y las fortificaciones americanas. En definitiva, no se renunciaba al desquite por los agravios presentes y anteriores, para lo cual no había que desatender los preparativos militares. Como muestra de ello se envió de inmediato una real orden a los virreyes y gobernadores americanos para que siguiesen adelante con los de mayor urgencia.

Si bien en la declaración no se hacía mención alguna de la evacuación de las Malvinas por parte de los ingleses, toda la negociación se había basado en que España no quería perder sus derechos sobre las islas ni deseaba que Gran Bretaña adquiriese alguno nuevo. De hecho, a lo largo de las entrevistas de Masserano con Rochford y North se sucedieron las manifestaciones que dejaban entrever como cierta esta posibilidad, al menos a título de compromiso privado, que no político, de los ministros británicos.

Sin embargo, cuando, poco después de la firma de la declaración, Masserano recordó estas promesas, la contestación que recibió fue que el abandono de Port Egmont estaba condicionado a la retirada simultánea de Puerto Soledad. Ante la insistencia de Masserano en que se fijase una fecha para la evacuación de la colonia británica, Rochford trató de ganar tiempo afirmando que la reacción hostil de la opinión pública inglesa impedía evacuar el establecimiento de forma inmediata, y que en cualquier caso se había restringido la llegada de colonos a las islas, para que aquel decayese poco a poco. Pero, como el embajador español siguiera reclamando una fecha de retirada, Rochford cambió de tono y le repuso que consideraba impertinente su insistencia, y llegó a sugerir de nuevo la posibilidad de una guerra. Enterado Grimaldi de la propuesta británica de evacuación simultánea de ambos establecimientos, optó por una línea prudente y, buscando evitar enfrascarse en discusiones con

pocas posibilidades de fructificar, dio instrucciones a Masserano para que obviase la cuestión salvo que fuese traída a colación por los ministros ingleses. Salvado este escollo, el 16 de septiembre de 1771 se celebró la ceremonia de restitución.

El nuevo *statu quo* en modo alguno cerraba definitivamente el problema. De ello dan cuenta las noticias recibidas en España en el sentido de que el comandante Stott, al frente del establecimiento británico, habría recibido órdenes de continuar reconociendo los puertos de las Malvinas y de la costa de la Patagonia (22). Aunque se había descartado por completo su aprovechamiento económico, las islas, en cuanto punto estratégico para la seguridad de las rutas que cruzaban el estrecho de Magallanes, se miraban en España con interés creciente, por lo que el recelo hacia las intenciones inglesas aumentó. Sin embargo, por esa época en Gran Bretaña comenzaban ya a ser acuciantes los problemas derivados de la situación económica, de lo que servía como muestra la imposición del tributo sobre el té. En este contexto, el gabinete británico estaba interesado en no abrir nuevos frentes de conflicto y en reducir en la medida de lo posible sus gastos militares, lo que explicaría la propuesta de desarme mutuo presentada ese mismo año de 1771 a las potencias borbónicas. Al año siguiente empezó a estudiarse la forma de disminuir esas partidas, incluyendo entre las diversas alternativas la posibilidad de reducir la guarnición de las Malvinas (unos cincuenta hombres), lo que supondría ahorrarse las 3.500 libras destinadas a su mantenimiento.

La propuesta de reducción quedaría aparcada hasta 1774, cuando la gravedad de los incidentes en las colonias norteamericanas forzó a concentrar en la metrópoli la mayor parte de la flota británica, para estar en condiciones de intervenir si era necesario. De este modo, el encargado de negocios español en Londres, Escarano, fue convocado por Rochford en febrero de 1774 para informarle de la intención de retirar el establecimiento británico. No obstante, esta intención en ningún caso suponía un reconocimiento de los derechos españoles y, por tanto, debía considerarse una cuestión estrictamente interna que se había tenido a bien notificarle. La interpretación española de esta comunicación fue excesivamente optimista, toda vez que Escarano la entendía como el cumplimiento de la promesa privada dada por Rochford. A pesar de que, en puridad, constituía una reafirmación de los derechos británicos, hasta el mismo Grimaldi se daría por satisfecho e indicaría a Escarano poco después que transmitiese el agradecimiento del rey y la corte al ministro británico. La retirada británica de su establecimiento en las islas Malvinas se llevó a cabo finalmente el 20 de mayo de 1774 (23). Este repliegue, aunque derivado de la propia conveniencia y en modo alguno susceptible de entenderse como una renuncia de derechos, representaba una solución momentánea que interesaba a ambas naciones, por cuanto los ingleses podrían

---

(22) AGI, Indiferente General. Carta de Ruiz Puente a Arriaga, 10 de febrero de 1771, a la que siguió otra de 29 de junio (Indif. Gen. 412, 123).

(23) Entretanto, el 5 de enero de 1774 ocupaba su puesto el nuevo gobernador de las Malvinas, don Francisco Gil de Lemos y Taboada. DESTEFANI, Laurio: *op. cit.*, p. 183

concentrar sus recursos en la lucha en las colonias sin cerrarse la posibilidad de retornar en el momento oportuno, mientras que España conseguía el objetivo de que desapareciese la presencia extranjera en las islas, ganando un tiempo que se consideraría obraría a favor de los intereses hispanos.

A finales de 1774 el nuevo gobernador de las Malvinas, Gil y Lemos, comenzó a efectuar reconocimientos en las islas, entre los que es de destacar el del abandonado Port Egmont. Durante los años siguientes no se producirían acontecimientos significativos en el archipiélago, cuya ocupación y defensa constituiría un notable esfuerzo para el gobernador de Buenos Aires, prueba de lo cual sería el establecimiento, en agosto de 1776, de un turno de dos fragatas para la protección del Río de la Plata y de las Malvinas, respectivamente. La guarnición española se replegaría con ocasión de los acontecimientos que llevaron a la emancipación argentina, y a partir de 1833 los ingleses se establecerían de nuevo en ellas por la fuerza, dando comienzo a una serie de reclamaciones que continúan hasta la fecha. Pero esa ya es otra historia.

### **Bibliografía**

- DESTEFANI, Laurio: *Las Malvinas en la época hispana (1600-1811)*. Buenos Aires, 1981.
- GARCÍA DIEGO, Paulino: *Jerónimo Grimaldi o el espectador afable. Actividad diplomática y política (1739-1784)* (tesis doctoral, presentada en la UNED el 24 de enero de 2013).
- GIL MUNILLA, Octavio: *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1771*. Sevilla, 1948.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: «Las islas Malvinas en la órbita del imperio británico», en *Cuenta y Razón*, núm. 7, 1982, pp. 111-118.
- HIDALGO NIETO, Manuel: *La cuestión de las Malvinas. Contribución al estudio de las relaciones hispano-inglesas en el siglo XVIII*. Madrid, 1947.
- LEE BROWN, Vera: *Anglo-Spanish relations in the closing years of the colonial era (1763-1774)*, Reimpresión del *Hispanic American Historical Review*, tomo 5, capítulo 3. Baltimore, 1923.
- RODRÍGUEZ CASADO, Vicente: «Política Exterior de Carlos III en torno al problema indiano», en *Revista de Indias*, núm. 16, 1944, pp. 254-258.